

LA SINCERIDAD EN LA ESPAÑA DEL SIGLO XVIII

Nadie representa mejor el ideal ilustrado del hombre de bien que el personaje de don Diego en *El sí de las niñas* de Moratín. Su honradez y su generosidad, y hasta algo de sentimentalismo, se echan de ver en las palabras del anciano caballero a doña Francisca: “Yo soy ingenuo; mi corazón y mi lengua no se contradicen jamás. Esto mismo le pido a usted, Paquita: sinceridad” (II, 5). Tan seguro de sus buenas intenciones como de la gran disparidad de edades, don Diego trata en vano de lograr que la chica le diga si la perspectiva de convertirse en su esposa le agrada realmente. Más tarde, sin haber podido obtener una respuesta franca a su pregunta, se queja amargamente de un código de conducta social que obliga a las jóvenes al silencio, al disimulo y a la aceptación. “Todo se las permite”, declara, “menos la sinceridad” (III, 8).

Los parlamentos son espléndidos, y la obra de Moratín, tan bellamente equilibrada, reconforta el espíritu al afirmar la felicidad que es posible para la gente de corazón abierto y comunicación directa. Sin embargo, el dramaturgo no era el único que abogaba por la sinceridad, pues al empezar a surgir las primeras muestras del romanticismo a fines del siglo XVIII, la palabra *sinceridad* se difundió cada vez más y adquirió un considerable peso de significado. Pero no siempre fue así; en el siglo anterior, por ejemplo, la palabra no se encontraba muy a menudo. Se usaban en su lugar términos como *leal*, *honesto*, *sencillo*, incluso *entero* o *integridad*, todos ellos recogidos por Covarrubias, pero no *sincero*. Cuando en 1610 Sebastián de Covarrubias Orozco quiso significar la sinceridad en su libro de emblemas, la llamó *sencillez*, y usó un espejo para simbolizar el reflejo preciso de la intención en palabras¹.

¹ “El pecho del hombre bueno y sin doblez es como un espejo cristalino,

No sólo era “sinceridad” una palabra de uso poco frecuente en el siglo xvii, sino que el ideal mismo no siempre se tenía en buen concepto. Un consejero tan mundano como Baltasar Gracián incluso aconsejaba al hombre exigente que la evitara: “Aun en el darse a entender se ha de huir la llaneza, así como ni en el trato se ha de permitir el interior a todos”². Argumentaba que la sociedad seguramente se aprovecharía del hombre que manifestaba abiertamente sus sentimientos. Por lo tanto, la conducta más política consistía en saber cómo cultivar las apariencias: “Observar los genios y templarse al de cada uno; al serio y al jovial, seguirles la corriente, haciendo política transformación: urgente a los que dependen” (máxima núm. 77). En otro sentencioso fragmento señala el jesuita que se necesita el mayor cuidado si uno quiere ser parte de la sociedad y, al mismo tiempo, mantenerse por encima de ella: “Excuse el varón atento sondearle el fondo, ya al saber, ya al valer, si quiere que le veneren todos; permítase al conocimiento, no a la comprensión” (máxima núm. 94). Gracián, dirigiéndose a los escogidos, enseña que un agudo sentido de la estrategia ha de permitir al hombre astuto lograr un gran respeto en la consideración de los demás, al tiempo que sigue siendo libre de juzgar según su propio entendimiento.

Curiosamente, un problema muy semejante —el de cómo ejercer el juicio crítico y seguir siendo parte integrante de la sociedad— está implícito en el primer nuevo impulso que se da al uso de la sinceridad en el siglo xviii. Lo primero que quiero señalar es que el surgimiento de un espíritu ilustrado de investigación llevó a quienes tenían una mentalidad crítica al siguiente dilema. El efecto que tenía el juzgar las creencias y las instituciones en las que confiaba la sociedad en general era que el crítico se veía alejado del grueso de la población. Así distanciado, sin embargo, el crítico no podía esperar tener más que un efecto mínimo en aquellos errores o abusos que buscaba corregir. Por lo tanto, la solución, para

que todo aquello que se le pone delante representa en sí, creyendo no haber ficción ni engaño, y responde a lo que se le propone, conforme a las palabras, sin discurrir ni reparar cuál sea la intención con que se le dicen, porque está dificultosa de entender, estando reservado a Dios el penetrar corazones y averiguar voluntades, y para significar esta sencillez se pone un espejo, en el cual se estampa la figura de la luna. Con el mote: *Quales obtuleris, reddam*” (*Emblemas morales*, Luis Sánchez, Madrid, 1610, Emblema 153). He modernizado la ortografía y la puntuación de todas las citas.

² *Oráculo manual y arte de prudencia*, ed. Miguel Romera Navarro, C.S.I.C., Madrid, 1954, máxima núm. 3.

el reformador, estaba en persuadir al público de su sincero interés en el bienestar de la generalidad, de su desprendimiento y de su integridad. Si entonces el crítico era aceptado por la gente, era posible que sus opiniones ilustradas fueran más ampliamente aceptadas. Un hombre como Benito Jerónimo Feijoo, por ejemplo, podía ver la falsedad y la falta de juicio en muchos aspectos de la vida de España, pero no podía convencer a los demás de que la reformaran si sólo los abordaba como una persona de inteligencia superior. La diferencia significativa respecto al discreto de Gracián es que Feijoo eligió como su papel en la vida el de ser un maestro para los de su generación. Como tal quería dejar el campo libre a sus facultades críticas, y hacer que sus compatriotas abandonaran los errores en los que veía que habían caído. Pero un tono superior o magisterial no podía tener efecto. Él entendía que a los tontos no les gusta renunciar a las ideas que han aceptado como verdaderas; más bien se volverán contra aquel que trata de destruir sus creencias reconfortantes. Atacarán al crítico por su presunción, hurgarán en sus palabras para revelar su ignorancia. Así es como un Feijoo, hombre de juicio crítico superior, corre el riesgo de verse expuesto a la ira y a los ataques del público. Dándose cuenta, desde el comienzo mismo de su campaña, de que la posición del crítico es precaria, se esforzó en asegurar a sus lectores de su total integridad.

El prefacio que redactó para el primer tomo del *Teatro crítico universal*, en 1726, no contiene la palabra *sinceridad*, pero la idea está claramente presente:

Aunque mi intento sólo es proponer la verdad, posible es que en algunos asuntos me falte penetración para conocerla, y en los más, fuerza para persuadirla. Lo que puedo asegurarte es que nada escribo que no sea conforme a lo que siento. Proponer y probar opiniones singulares, sólo por ostentar ingenio, téngolo por prurito pueril y falsedad indigna de todo hombre de bien. En una conversación se puede tolerar por pasatiempo; en un escrito es engañar al público (LVI, p. 2)³.

La postura defensiva de la cita es evidente desde la afirmación inicial de modestia. Feijoo compone una *captatio benevolentiae* al conceder que quizás no esté a la altura de su misión. El tono,

³ Todas mis citas de las obras de Feijoo serán por tomo y número de página de la edición de la *BAE*, salvo que se señale otra cosa.

sin embargo, es más vivo que el que se podría asociar con la admisión de una posible debilidad intelectual. En la segunda oración tranquiliza al lector sobre su sinceridad. Él, claro está, cree que todo lo que ha escrito es cierto; pero si es difícil para el lector admitir que está en lo correcto —y entonces puede ser que Feijoo no tenga la necesaria “fuerza para persuadirla”— el autor deja firmemente asentada su *bona fides*. La frase “Nada escribo que no sea conforme a lo que siento” es una manera de apelar al lector para que entienda que, por amenazantes o inquietantes que puedan ser esas verdades, vienen de los motivos bien pensantes de un hombre de bien, y no de un deseo de vanagloria.

Sus protestas fueron inútiles, porque el primer tomo provocó una tormenta de invectivas y refutaciones. Es como si su crítica de los errores populares hubiera dado popularidad a la crítica. Hasta un lector insignificante se sentía ahora con derecho a tener una opinión, y escribía crítica. Feijoo tomó nota de esa reacción. Dos años más tarde, cuando publicó el segundo tomo de su *Teatro crítico*, la sinceridad ya era más que una agradable modestia afirmada con firmeza. Aparece ahora como una fuerza activa, que lo anima con éxito a hablar en contra de la falsedad aun cuando la prudencia le aconsejaría ser más reticente. En el prólogo Feijoo parece estar pidiendo sutilmente para sí, como verdadera víctima de su claridad mental y de sus nobles deseos, la simpatía del lector:

A esto se agrega uno u otro auxiliar, que al mismo tiempo los patrocina y los condena, diciendo que para qué se ha de tomar el empeño de sacar al vulgo de sus errores; que los necios son infinitos y que es prudencia no conmover este poderoso partido. Yo te confieso, lector mío, que me parece muy cuerda aquella antigua máxima de hablar con los muchos y sentir con los pocos. Pero tanta cordura no se acomoda con mi sinceridad. Y veo por otra parte que el contemplar a los necios, es estrechar mucho la libertad de los entendidos (CXLI, p.108).

En la lucha de los entendidos contra los necios, Feijoo es movido a la acción por su sinceridad, porque ésta es más fuerte que la cordura.

Como impulso activo, la sinceridad convierte al hombre inteligente en víctima. El monje benedictino hace patente en otra parte del mismo libro que aunque el sentido crítico ayuda al verdadero sabio a ver sus propias limitaciones, éste no puede descansar tranquilo y disfrutar de su modestia. La sinceridad se yergue para obligarlo a publicar su ignorancia, plenamente consciente de que se

arriesga a perder su prestigio y la estima de que gozaba a los ojos de muchos. Retrata así al hombre sabio como su propio enemigo en el ensayo "Sabiduría aparente":

. . . los sabios verdaderos son modestos y cándidos, y estas dos virtudes son dos enemigos de su fama. El que más sabe, sabe que es mucho menos lo que sabe que lo que ignora; y así como su discreción se lo da a conocer, su sinceridad se lo hace confesar, pero en grave perjuicio de su aplauso, porque estas confesiones, como de testigos que deponen contra sí propios, son velozmente creídas; y por otra parte, el vulgo no tiene por docto a quien en su profesión ignora algo, siendo imposible que nadie lo sepa todo (LVI, p. 78).

Pero si la sinceridad pone en peligro la posición del hombre sabio entre el vulgo, atrae la admiración y la atención dispuesta de otros hombres sabios. En esta vena menciona especialmente Feijoo la modestia y la sinceridad del médico inglés Thomas Sydenham, como rasgos que ennoblecían y agraciaban sus escritos⁴.

Los pasajes que hemos estado examinando seguramente ya han puesto en claro el segundo punto que quería señalar: que al protestar su sinceridad el autor tiende a ponerse en el centro del escenario. En su defensa de la sinceridad, Feijoo sentía que, para poder impulsar sus ideas, primero tenía que convencer a los demás acerca de sí mismo. No es exagerado decir que se atribuye el papel de protagonista en su campaña de ilustración. El ya citado prólogo al segundo tomo del *Teatro crítico* muestra lo personal que se ha vuelto cuando acude a un estilo confesional para dirigirse al lector: "Yo te confieso, lector mío [. . .]". En la continuación de esa cita Feijoo ofrece una caracterización de su estado íntimo: sabe qué es lo que sería prudente, pero su naturaleza le pide hacer otra cosa. Parece estar separado de sí mismo, como desdoblado, y señala una por una las características por medio de las cuales se quiere proyectar a los demás (ánimo resuelto, sinceridad, desinterés). Por la evaluación que hace de su naturaleza

⁴ "Tomás Sydenham, que es reconocido en toda Europa por el más célebre práctico que tuvo el último siglo, después de un prolijo estudio en los libros, después de observar con vigilantísima atención por muchos años los pasos de la naturaleza en las dolencias, habla con más incertidumbre y perplejidad que todos. Apenas se lee precepto suyo que no se reconozca haberle estampado con mano trémula. Con noble sinceridad (prenda que hermosea sus escritos aún más que la pureza latina que resplandece en ellos) expone frecuentemente sus dudas y sus ignorancias. Muestra muy limitada confianza en sus propias experiencias, pero casi ninguna en las doctrinas de los autores" ("Medicina", CCLI, p. 34).

interna vemos la creación de su personalidad pública. Hace algo muy semejante cuando, años más tarde, tiene que volverse a defender frente a duros ataques. Agraviado por sus adversarios pero fiel a su propósito, Feijoo desnuda orgullosamente una naturaleza virtuosa para que la contemplen sus enemigos:

Lo que en gran parte ha conciliado crédito a mis obras, y aun puedo decir que a mi persona, no es el artificio, antes lo contrario del artificio; esto es, la naturalidad, la franqueza, la abertura de ánimo, la sinceridad, el candor. Esta buena partida ha conocido en mis Escritos la perspicaz clase no de muchos sino de todos los racionales. Esta buena partida conocen en mí y confiesan todos los que me tratan: de modo que en mi Religión anda a modo de proverbio en la boca de muchos, *el Maestro Feijoo nunca miente*⁵.

La sinceridad se une aquí a cuatro cuasi sinónimos, en una aparente expansión de esa buena cualidad en un verdadero desfile de virtudes. El autor no aparece como especialmente modesto cuando se consuela de su maltratado sentido de la integridad; su auto-dramatización más bien revela un yo intacto, listo a entrar en la lid.

Hay más pruebas que sugieren que una sentida declaración de la propia sinceridad puede en realidad ser el anuncio de un ataque desatado. Es como si el escritor, después de asegurar a sí mismo y a los demás que no tiene más que buenas intenciones, se sintiera justificado para soltar una andanada de críticas. Nada podría ser más claro a este respecto que las ofensivas protestas de uno de los adversarios más estridentes de Feijoo, fray Francisco de Soto y Marne. Aprestándose a demoler las afirmaciones del monje benedictino y preparando al lector para que acepte su ruda ofensiva, Soto y Marne empieza con las siguientes palabras el prólogo de una obra que dedica a Feijoo: "La cordialísima propensión, con que venero el siempre glorioso esplendor de la, entre todas, Ilustrísima Religión Benedictina, y la sincerísima inclinación que afectúa mis particulares respetos a la venerable persona de V. Rma., es el impulso directivo de éste, que entre las deliberaciones de obsequio, respira las generosas coacciones del más apreciable tributo [. . .]"⁶. Soto y Marne recoge el adjetivo

⁵ *Justa repulsa de inicuas acusaciones*, Antonio Pérez de Soto, Madrid, 1749, p. 36.

⁶ "Prólogo, introducción, y dedicatoria al Rmo. P. M. Fr. Benito Jerónimo Feijoo", en *Reflexiones crítico-apologéticas sobre las obras del RR. Maestro Fr.*

clave, al que remodela con forma de verbo, “sincerar”, y concluye su prólogo de autojustificación, en el que logra meter un último superlativo: “Pretendo, finalmente, sincerar al Público intenciones, que rectifica la Fraternidad Religiosa: [. . .] pues [el afecto] contribuye cordialísimas respetuosidades al distinguido mérito de la Persona, al tiempo que [el discurso] ataca casi todas las producciones de su pluma” (1, 2-3). ¡Se había iniciado la batalla! Soto y Marne, en su papel de hombre bondadoso, forzado a pesar suyo por los errores de Feijoo, aparece como un duro contrincante. A nadie engañaba un Soto y Marne y, sin embargo, durante el siglo entero la crítica se unió a la sinceridad. Las dos reaparecen en los escritos del archi-polemista de la época, Juan Pablo Forner. Inteligente y bien preparado, pero engañado por la intensidad de sus sentimientos, fustigó repetidas veces, y hasta con crueldad, a aquellos que podían ganar la estima del vulgo con lo que él consideraba obras defectuosas o pretensiosas. En las siguientes palabras, con las que inicia uno de sus punzantes ataques polémicos, Forner, a pesar de la apasionada exageración de su lenguaje, utiliza en realidad un tipo de argumentación semejante a la de Feijoo:

Si no estuviésemos en una edad, Lector amantísimo, en que se tropieza a cada paso con muchos hombres furiosamente doctos en su concepto, que se meten a escribir de lo que no entienden, recelaría con razón que pasase este atrevimiento mío por necio aborto de una temeridad escuderil. Porque, hablando con la sinceridad que es debida entre gentes de honra, si fuese este siglo de los Argenso-las, Leones y Herreras, ¿cómo habíamos de atrevernos a querer hacer un gran papel en la República del Parnaso, ni yo, ni otra espesa turba de benditos versificadores, que andamos muy afanados en manchar pliegos para decir sandeces, sin más fruto que el de halagar nuestra vanidad, creyendo desventuradamente que en nuestros menguados versos o prosas va a fundarse la perdurable gloria de la Nación? Yo confieso de mí con toda ingenuidad que habiendo sido naturalmente apocado y tímido, he tomado grande ánimo para arrojarme al público, desde que he visto recibirse con aceptación algunos escritos, en que compitiéndose el capricho y la impertinencia, no parece sino que se han publicado para dar lecciones de extravagancias, de ineptitud, y tal vez de barbarie⁷.

Benito Jerónimo Feijoo, Eugenio García de Honorato y San Miguel, Salamanca, [1794], t. 1, pp. 1-2.

⁷ *Reflexiones sobre la Lección Crítica que ha publicado D. Vicente García de la Huerta*, Imprenta Real, Madrid, 1786, pp. 9-10.

Sus palabras están impregnadas de exasperación y de indignación virtuosa, pero el juego entre modestia y sinceridad, entre la confesión y la necesidad de hablar claro, sigue el mismo esquema que hemos visto antes.

Se llega a tener la impresión de que un crítico podía decir cualquier cosa que quisiera, con tal de hacer protestas de sinceridad. Un humanista anónimo —tal vez Guevara Vasconcellos— expresa una gran admiración por cierto libro del siglo xvii que considera un clásico, pero piensa que aun así debe expresar algunas reservas:

No se lleve, pues, a mal que con el respeto debido a la justa fama de la obra y de su autor, se pongan aquí algunas observaciones de un apasionado suyo y del mismo escrito, que ha creído ver ciertos lunares, o ligeras imperfecciones en él, y las propone sinceramente con toda deferencia al juicio de los doctos [. . .]⁸.

Aunque sus críticas son menores, parece decir el autor, debe expresarlas, y los demás perdonarán su atrevimiento porque es sincero. Tomás de Iriarte, que no era mal polemista, escribe que un hombre debe responder enérgicamente a las críticas injustas de su obra. Sin embargo, vale la pena notar que pone buen cuidado en calificar la defensa justificadamente enérgica como sincera⁹. De hecho, lo mismo está dicho en los términos más claros del mundo por fray Pedro Centeno y Joaquín Ezquerro, los anónimos autores del periódico *El Apologista Universal*. No se dejaban engañar por la autojustificación fácil, y hablaban en contra de los críticos que se creían “penetrados del más sincero amor a la humanidad, y a todo cuanto por cualquier camino puede contribuir a nuestra gloria”. Detrás de esa cortina de humo de sinceridad, declaran los dos autores, “Ellos corrigen, censuran, reforman hasta el más leve descuido en los autores, y sólo a fin, según dicen, de que por este medio logre el público una instrucción sólida, exacta, y cual corresponde al grande objeto [. . .]”¹⁰. Afir- maban que la crítica, fuera o no sincera, no era la forma de con-

⁸ “Noticias pertenecientes” a DIEGO SAAVEDRA FAJARDO, *República literaria*, Benito Cano, Madrid, 1788, p. lxxxiii.

⁹ “Bien hace quien su crítica modera;/ pero usarla conviene más severa/ contra censura injusta y ofensiva,/ cuando no hablar con sincero denuedo/ poca razón arguye, o mucho miedo” (“Fábula 30: El erudito y el ratón”, *BAE*, t. 63, p. 11).

¹⁰ *El Apologista Universal*, núm. 7 (1786), p. 119.

seguir mejoras, sino que eso se lograba por medio del encomio y el estímulo.

Hasta ahora he tratado conjuntamente dos líneas básicas de mi exposición, la sinceridad como correlato de la crítica y la sinceridad como proyección del ser. Pero esta última también aparece independientemente del propósito crítico o polémico. Hay casos en que la aparición de la sinceridad sugiere poco más que una insistencia retórica, casi equivalente a “muy” o “verdaderamente” junto con una cualidad espuriamente emotiva. Por ejemplo, nada se habría perdido en el pasaje siguiente si el autor hubiese omitido el adverbio pertinente que he subrayado: “No lo dudemos, Señores, los males y atrasos que padezamos no estarán nunca en nuestros monarcas, sino en la mezquindad y decrepitud de nuestros corazones. Los monarcas aman *sinceramente* el bien público [. . .]”¹¹. Este escritor parece subrayar el asunto como si tratara de hacer que los lectores aceptaran su convicción como auténtica. Es semejante la declaración excesiva del poeta que se une al dolor de un amigo que llora la muerte de su hermano, exclamando: “¡Si el cielo/ benigno oyera los *sinceros* votos/ de la ardiente amistad!”¹². Es indudable que el poema registra una compasión auténtica por una pérdida, pero el poeta transforma su simpatía en literatura y lo revela en esa excesiva caracterización de sus sentimientos.

Otros autores quieren que sus escritos reflejen su sinceridad personal por medio de un estilo sencillo, que no muestra una elaboración artificiosa ni una creación de efectos con objeto de dejar en el lector una impresión falsa del escritor. El establecimiento de un estilo sencillo de prosa en la España del siglo XVIII es un tema que merece mayor estudio, pero por el momento es pertinente señalar sus relaciones con el cultivo de la sinceridad. El pasaje que sigue es una afirmación efectiva del nuevo estilo:

Quando escribo algo, dirigido al bien nacional, por más que esté convencido de su utilidad, tiemblo al pensar en darlo a luz. ¡Qué sé yo si lo que a mí me parece conveniente y provechoso, el público lo graduará de impertinente, y aun me atribuirá fines bastardos que tanto aborrece mi natural sinceridad! De otra parte yo no puedo

¹¹ JUAN PABLO FORNER, *Amor de la patria*, Hijos de Hidalgo y González de la Bonilla, Sevilla, s.a. [1794], p. xlii.

¹² NICASIO ÁLVAREZ DE CIENFUEGOS, “A un amigo en la muerte de un hermano”, en *Poesías*, ed. José Luis Cano, Castalia, Madrid, 1969, p. 137; las cursivas son mías.

acomodarme a escribir de un modo amanerado y con sujeción a cierto orden. Algún día observé las reglas que prescribe la oratoria; mas ahora me abandono a mi natural, y no hay forma de rendirme a lo que es arte y huele a artificio. Gusto más ver las rosas cercadas de espinas, y colocado el rosal con negligencia en los huertos que mirarlas esclavizadas en un jarro, en medio de claveles y azucenas. Mi corazón es quien habla en mis discursos, y quien se explicará en esta Memoria¹³.

La ausencia de artificio y la espontaneidad de expresión que busca lograr este estilo son un reflejo de la manera en que el siglo cultiva la naturalidad en todos los aspectos de la vida¹⁴. Aun la rudeza y el aparente desorden de la Naturaleza encuentran correspondencia en el estilo literario cuando José Mor de Fuentes declara en un poema a modo de prefacio, al comienzo de su historia de amor: "Que ajeno de fingimiento/ mi corazón es quien habla/ en estos tristes renglones,/ su ingenua y desaliñada/ sencillez lo está diciendo [. . .]"¹⁵. Al mismo tiempo que Mor confiesa que escribe desde el corazón, parece querer volver atractivo un estilo que en otros tiempos hubiera podido provocar críticas. Un punto de vista semejante es el de una contribución anónima a un periódico de Madrid. El autor parece decir que la formulación cuidadosamente meditada no puede comunicar verdaderamente el mensaje del corazón. A su modo de ver, la espontaneidad debería caracterizar toda representación de nuestros pensamientos: "La sencillez es aquella expresión que nace del fondo de un carácter puro y cándido; es un sentimiento del alma que se manifiesta prontamente, no bien se concibe una idea sin dar lugar a la reflexión"¹⁶.

Algunos escritores tenían una necesidad poco común de la aprobación del lector. Tanto querían ser aceptados y que no se les malentendiera, que sus protestas de sinceridad estaban teñidas de una ansiedad o un fervor notables. Oímos las exclamaciones de un individuo que pide que se juzgue caritativamente su

¹³ PEDRO DÍAZ DE VALDÉS, *El padre de su pueblo* [1793], Manuel Tejero, Barcelona, 1806, pp. 35-36.

¹⁴ Para una descripción de lo que ocurría en Inglaterra, véase el artículo informativo de RAYMOND D. HAVENS, "Simplicity: A changing concept", *Journal of the History of Ideas*, 14 (1953), 3-32.

¹⁵ "A una señora", en *La Serafina*, ed. Ildefonso-Manuel Gil, Universidad, Zaragoza, 1959, p. 20.

¹⁶ "De la sencillez", *Correo de Madrid*, 5, núm. 292 (1789), p. 2351.

falta de modestia al querer dar consejos al público, o su presuntuosidad al escribir un libro. En el saludo al lector, Valerio de Borja y Loaiso, quien por lo visto traduce del francés la obra en cuestión, defiende sus esfuerzos para presentar un manual para el hombre distinguido con un curioso adjetivo: “que disculpe los yerros de esta traducción por la ansiosa sinceridad con que sólo busca, quien la ha ejecutado, la común utilidad de los que, no estando bien instruidos de cómo debe vivirse en el mundo, ignoran el idioma francés [. . .]”¹⁷. La expresión (“por la ansiosa sinceridad”) refleja tan dramáticamente el desnudarse de un alma que hace pensar en una exageración teatral del autor. Borja y Loaiso parece anunciar sus buenas intenciones. La modestia de sus afirmaciones iniciales sobre las máximas que ningún hombre pensante debería aceptar sin un examen previo no es menos agresiva:

pues sólo digo lo que parece más razonable, y más seguro, con toda la sinceridad que debe tener siempre un hombre de bien, que no busca en lo que escribe el hacer ostentación de su entendimiento, ni de su habilidad; queriendo sólo comunicar lo que ha podido adquirir su conocimiento a aquellos que, faltos de reflexión y de experiencia, no están bastantemente instruidos de muchas cosas que les importa saber (pp. 2-3).

Bien podría el lector moderno, que ve las cosas desde una perspectiva *a posteriori*, sonreírse ante la rápida transición de Borja y Loaiso: de ser un hombre modesto y de buen corazón, a un hombre que cree que puede enseñar lecciones necesarias a otros a quienes les falta la reflexión, la experiencia y, como lo indica la cita anterior, ¡que también ignoran el francés!¹⁸

¹⁷ “Al lector”, en *La verdadera política de los hombres de distinción*, Mauro Martí, Barcelona, 1753. Hubo una edición anterior en 1727, y una tercera en 1824.

¹⁸ Entre los moralistas franceses hay una línea de pensamiento que considera la sinceridad como una estratagema con máscara de virtud. La Máxima 2 de La Rochefoucauld, por ejemplo, dice: “La sincérité est une ouverture de cœur. On la trouve en fort peu de gens et celle que l’on voit d’ordinaire n’est qu’une fine dissimulation pour attirer la confiance des autres”. En una vena semejante, *L’art de connaître les hommes*, del Abbé Jean-Baptiste Morvan de Bellegarde, que apareció publicado anónimamente en París, en 1702, dedica un capítulo (pp. 80-85) a revelar los verdaderos motivos de la sinceridad. El primero es alentar a los demás a no guardar secretos, y el segundo es impedir que uno sea engañado; un tercer motivo es lograr ser aceptado por los demás como persona honrada. Estos puntos de vista mundanos llegaron a los

Las profesiones de sinceridad más absolutamente intensas quizás sean las que se deben a la pluma del padre Juan de Jove y Muñiz, quien asume la delicada tarea de retratar para sus hermanos religiosos el modelo del perfecto sacerdote. Abundan los superlativos, y el buen hombre suena a veces como un amante padre que debe dar a un niño enfermo una medicina de feo sabor:

Protesto, lector mío, con la más verdadera e ingenua sinceridad de mi ánimo lo mucho que me alegraría que estas ideas o reflexiones que presento para formarse un verdadero eclesiástico, lograsen la dicha de estar muy lejos de consternar a ninguno, y aún más de desagradarle [...]¹⁹.

En otro momento se presenta como el más tímido y apocado de los niños, al que se le pide que recite en público: “Confieso con la más sincera ingenuidad, y penetrado de la mayor confusión, ser yo el primero que debo reputarme, y declararme así, y decir con el Real Profeta: *Tota die verecundia mea contra me est* [...]” (p. xi). O bien lo vemos como el más humilde de los sirvientes rogando a su Señor que le permita ser efectivo en su empresa: “[...] y gloria del Señor, cuya divina clemencia imploro con todas las posibles veras de mi alma, y animado de la más sincera y buena voluntad se digna de conceder a los lectores de él todo lo que en él se pretende [...]” (p. xii). El interesante problema literario que revelan estos pasajes es la paradoja de que la protesta de sinceridad crea a menudo la sospecha de la insinceridad; y que la insistencia en el tema denota la necesidad de convencerse primero a uno mismo²⁰. Jove y Muñiz, sin embargo, es dife-

lectores españoles por medio de traducciones del libro de Bellegarde publicadas en Amberes en 1743 y 1755, y en Madrid en 1755 y 1788. La edición publicada por Benito Cano en Madrid en 1788, *Arte o modo de conocer a los hombres y mujeres y máximas para la sociedad civil*, sin nombre de autor ni de traductor, reproduce el capítulo francés “De la sincérité” como “De la sencillez” (pp. 45-49). La tradición francesa que lleva hasta este periodo se estudia más en los capítulos 2 y 3 de HENRI PEYRE, *Literature and sincerity*, Yale University Press, New Haven, 1963.

¹⁹ *El perfecto sacerdote*, Joaquín Ibarra, Madrid, 1774, “Prólogo”, p. viii.

²⁰ El filósofo francés RÉGIS JOLIVET observa: “Je ne puis me dire à moi-même que je suis sincère sans cesser plus ou moins de l’être du même coup —et de là vient sans doute que nous avons coutume de nous méfier un peu de ceux qui nous expliquent leur caractère. Tout «retour sur soi» implique fatalement quelque composition, qui nous met loin de compte avec le dessein que nous avons de nous saisir tels que nous sommes” (*Essai sur le problème et les conditions de la sincérité*, E. Vitte, Paris, 1950, p. 15).

rente. Ejemplifica al que sirve una causa más alta y que entiende que su mérito o el de su contribución se mide según el grado en que se conforman a las normas superiores de la espiritualidad divina. De ahí que el escritor, consciente de su insuficiencia, registre la totalidad de su deseo de cumplir con la tarea divina.

Las palabras de Jove y Muñiz están apropiadamente estudiadas dentro de una tradición que emana de San Pablo. En la segunda Epístola a los Corintios, San Pablo habla de su gozosa satisfacción de que “*in simplicitate cordis et sinceritate Dei et non in sapientia carnali sed in gratia Dei conversati sumus in hoc mundo [. . .]*” (1:12). El apóstol puede atraer la atención hacia la sinceridad que está detrás de las palabras porque la sinceridad no es un logro suyo; por lo tanto, el mencionarla no implica que se enorgullezca de su propia virtud. La “simplicidad de corazón y simplicidad de Dios” son dones concedidos por Dios a Pablo para ayudarlo en su ministerio, y por lo tanto es legítimo reconocerlos. Sin olvidar las distancias entre santo y sacerdote, podemos entender que Jove y Muñiz quiere decir que trata de enseñar a los demás sólo desde la profundidad interior del espíritu divino que está dentro de él. Este idealismo, siempre representado en la tradición cristiana, toma un gran relieve cuando los portavoces muestran esas virtudes frente a su opuesto, la hipocresía. Pero la protesta de auténtico celo religioso también se yergue con fuerza reveladora frente a fallas humanas frecuentes como la tibieza o el descuido en la devoción o el anhelo de reconocimiento público. La sociedad española del siglo XVIII tenía una buena medida de sacerdotes ignorantes o desatentos, predicadores pomposos, confesores mundanos ansiosos por dar gusto al penitente bien colocado, abates secularizados cuya galantería frente a las mujeres causaba escándalos. El deseo de devolver a los pastores y sus rebaños a una espiritualidad cristiana más pura está en el corazón del llamado movimiento jansenista de fines del siglo. No es de sorprender, por lo tanto, que un sacerdote como Joaquín Lorenzo Villanueva escogiera una inscripción paulina, precisamente II Corintios 1:12, como el texto en el que se basó su legendario encomio al Patriarca de las Indias, el cardenal Antonio Sentmanat de Cartella²¹.

En la concepción cristiana de la sinceridad está implícita una

²¹ *Oración fúnebre que en las exequias del Emmo. Sr. Cardenal . . .*, Imprenta Real, Madrid, 1806. Sobre la importancia medular que tenía esa sinceridad paulina para los ministros puritanos y otros en Inglaterra, véase LEON GUILLAMET, *The sincere ideal. Studies on sincerity, in Eighteenth-Century English Literature*, McGill-Queen's University Press, Montreal - London, 1974, p. 15 y *passim*.

simplicidad que denota una pureza total, la ausencia de cualquier elemento subversivo extraño que pudiera alterarla. Eso es lo que quiere decir el beato José de Cádiz cuando emplea la palabra clave en forma tan inesperada, al hablar del sabio ideal: "Es la sabiduría una sincera emanación de la claridad del omnipotente Dios, que teniendo en él su origen, y su fin, para todos es amable, y sobremanera apetecible"²². La sabiduría, como la sinceridad o la sencillez, tiene su existencia más verdadera en Dios. La afirmación de José de Cádiz abre dos líneas de estudio a la consideración: una se refiere a otros usos de la palabra bajo el rubro de *pureza*; la otra trata del uso de la sinceridad para crear frente a los demás una presencia amable y atractiva.

La palabra aparece con tres matices de significación por lo menos dentro del campo semántico de la pureza. En el primer ejemplo la vemos con el valor de la tierna juventud, ignorancia infantil y falta de comprensión:

Peor eres que el cuervo, pues si aquél saca los ojos a la madre que le cría, lo hace en edad sincera, [y] sin entendimiento; pero tú [es decir, el hombre] engañas en edad crecida y con instinto [...] ²³.

El segundo ejemplo, semejante al primero, sugiere la inocencia como ingenuidad, falta de experiencia:

[...] pero no descubro el lugar que encierra las otras fieras que han de luchar con ellos. ¿Qué decís? me replicó al punto: si os oyeran se reirían de vuestra sinceridad; no son fieras, son Monos los que salen ahí en medio a jugar con estos animalillos [...] ²⁴.

El tercero documenta la equiparación de la sinceridad y la pureza dentro del contexto de los sentimientos y el honor de un enamorado:

Bajando entonces Melania los ojos, dijo: no me queda ya la me-

²² *El sabio perfecto y director consumado de las almas*, Manuel Jiménez Carreño, Cádiz, 1784, p. 15.

²³ FRANCISCO SANTOS, *El Rey gallo y discursos de la hormiga*, Canto 10, Bernardo de Villa-Diego, Madrid, 1671, p. 380.

²⁴ *Suplemento, o sea tomo cuarto y último de los Viajes de Enrique Wanton al país de las monas*, Bernardo Alberá, Madrid, 1781, p. 126. Joaquín de Guzmán y Manrique es casi con toda seguridad el autor de este suplemento, puesto que es el traductor de los primeros tres tomos del famoso viaje imaginario de Zacarías Seriman. La cita aparece como parte de una sátira contra la tauromaquia.

nor duda de la *sinceridad de vuestros sentimientos*; y [...] os debo rogar queráis quedar aquí puesto que parece que lo deseáis, para confirmarnos en la *pureza de vuestros respetables sentimientos*.

Aquí me tenéis, pues, Melania, dijo el alborozado Mirtilo, para certificaros de mis *puras* intenciones. Con ellas manifestaré el más *sincero* agradecimiento de mi ánimo al cielo [...]²⁵.

Donde hay pureza de corazón, declaran muchos moralistas, se puede, sin necesidad de muchas reservas, abrir el ser interior de uno a la vista, pues los demás seguramente responderán con calidez²⁶. Donde hay confianza, hay buenos sentimientos entre la gente y una amabilidad fácil. Lo que intentan hacer esos autores es crear una sociedad basada en la bondad natural, una sociedad en la que la sencillez de los que en ella residen esté en fortísimo contraste con la presuntuosa afectación y los engañosos modales de los cortesanos de la gran ciudad. Pedro Montengón escoge a los cuáqueros para personificar una idealizada sencillez americana, y describe un nuevo ideal de urbanidad:

La urbanidad, ¿qué es sino el retrato simbólico de los sentimientos de la virtud? No decir ni hacer cosa que ofenda: guardar la debida conveniencia con quienes tratamos. Y esto ¿quién lo observa mejor que el hombre moderado, sincero, frugal, modesto y circunspecto? Todo lo que a esto se añada son vanos dijes que hacemos servir de suplemento a la sinceridad que falta al corazón. ¿Quién hay que prefiera los afectados modos de un francés, o los ceremoniosos y viles de un soplado romano a la rústica integridad, si así se puede llamar, de un Quáquero, que pasa delante de un rey con su sombrero calado?²⁷

Otros escritores atribuyen mayor importancia a una especie de confianza en la propia valía interior que no necesita cultivar las apariencias. Uno no tiene por qué temer el verse expuesto, y hay poca vulnerabilidad cuando se vive entre gente razonable. Por lo tanto el ignorar algo o el cometer un error no pueden aca-

²⁵ PEDRO MONTENGÓN, *El Mirtilo, o los pastores trashumantes*, Sancha, Madrid, 1795, p. 322; las cursivas son mías.

²⁶ Cf. "Si tu corazón es bueno, nunca puede descubrirse demasiado, nunca ganará más la afición y el respeto que cuando con más franqueza y sinceridad se llegue a descubrir" (VICTORINO DE MONTEMAYOR, *Dirección cristiano política. Breves reflexiones sobre algunas sentencias de Salomón*, Herederos de Antonio González de Reyes, Madrid, 1727, p. 165).

²⁷ *El Eusebio*, Sancha, Madrid, 1786, t. 1, p. 191.

rrear una mengua de reputación; el individuo tiene virtudes que pesan mucho más que esas fallas menores, y así la franqueza y la sinceridad son expresión natural de ese buen corazón²⁸.

Cómo lograr esa comunidad racional se convierte en la gran misión de los educadores. La sinceridad que quieren inculcar en sus alumnos es función de una aceptación recíproca de buenas intenciones, tratos justos, y esperanzas razonables. Así visto, podemos entender la asociación de la sinceridad con otras virtudes, pero los comentarios del autor anónimo de un tratado sobre la educación de los jóvenes nobles señalan dos nuevos desarrollos hacia el final del siglo. He aquí el pasaje:

Es tanto más importante que [el buen preceptor] no presente a los ojos de su educando más que ejemplos de probidad, dulzura, sinceridad, moderación, humanidad, candor, justicia y equidad &c., que la experiencia hace ver frecuentemente que los niños son naturalmente propensos a imitar con exactitud a los que están siempre a su lado²⁹.

Lo que quisiera señalar es, en primer lugar, una especie de inflación de la sinceridad. El asociarla con la justicia y la equidad, por ejemplo, es dar una gran importancia a lo que, para algunos, no es más que hablar modesta y abiertamente de sus pensamientos³⁰. Pero el autor incluye dos cualidades más, que no tienen nada que ver con la virtud: la dulzura y la humanidad. Con la adición de esos dos términos, presenciamos la sentimentalización de la sinceridad. La vaguedad de esos atributos añadidos, el hecho de que, cualquiera que sea su significado, no se pueden enseñar, apunta hacia un estado emocional de deseo e ilusión. Las ocho virtudes —“probidad... equidad”— han sido

²⁸ Por ejemplo: “Lo soy, Amigo, soy sincero. No soy de los que dicen deseo la corrección, y en viéndola busco salida para no confesar la verdad” (JUAN VELÁZQUEZ DE ECHEVERRÍA, *Paseos por Granada*, Nicolás Moreno, Granada, 1764, t. 1, p. 173); “porque [Nuño Núñez] procura instruirme en todo lo que pregunto; y lo hace con tanta sinceridad que algunas veces me dice: *de eso no entiendo*; y otras: *de eso no quiero entender*” (JOSÉ DE CADALSO, “Carta 1”, *Cartas marruecas*, eds. Lucien Dupuis y Nigel Glendinning, Tamesis, London, 1966, p. 9).

²⁹ *Tratado de educación para la nobleza*, Librerías de Alonso, Madrid, 1796, p. 10.

³⁰ Se encuentran otras indicaciones de la inflación de esta virtud en PATRICIA M. BALL, “Sincerity: The rise and fall of a critical term”, *MLR*, 59 (1964), 1-11; y WALLACE JACKSON, “Sincerity: A postscript on antecedents and correlatives”, *MLR*, 61 (1966), 355-356.

elevadas a un *status* de ideal, anheladas porque ayudarán a los jóvenes a encontrar, y crear, la felicidad en sociedad. Así magnificada, la sinceridad parece estar un tanto alejada de la franqueza del crítico ilustrado con el que empezamos a trazar esta trayectoria, pero se ha acercado más a las sentidas súplicas del hombre de bien de Moratín.

MONROE Z. HAFTER
University of Michigan

Traducción de Flora Botton-Burlá